

QUIÉN MATÓ
A MI PADRE
ÉDOUARD LOUIS



QUIÉN MATÓ A MI PADRE

ÉDOUARD LOUIS

Édouard Louis

QUIÉN MATÓ
A MI PADRE

 narrativa
salamandra

Quién mató a mi padre

Édouard Louis

ISBN edición en papel: 978-84-9838-960-9

ISBN libro electrónico: 978-84-17384-73-9

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre 2019

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *Qui a tué mon père*

Traducción del francés: Pablo Martín Sánchez

Ilustración de la cubierta: Tim Macpherson / The Image Bank / Getty Images

Copyright © Édouard Louis, 2018

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2019

Citas de las páginas 30-31 y 69: *Desgracia impenable* de Peter Handke © de la traducción: Eustaquio Barjau, cedida por cortesía de Alianza Editorial, S.A.

Ediciones Salamandra
www.salamandra.info

A Xavier Dolan

Si éste fuese un texto teatral, debería empezar con estas palabras:

Un padre y un hijo están a pocos metros el uno del otro en un gran espacio amplio y vacío. El espacio podría ser un campo de trigo, una fábrica abandonada y desierta, el gimnasio, forrado con plástico, de un colegio. Tal vez esté nevando. Tal vez la nieve los cubra poco a poco hasta hacerlos desaparecer. El padre y el hijo apenas se miran. Sólo habla el hijo, las primeras frases que dice las lee en una hoja de papel o en una pantalla. Intenta dirigirse a su padre, pero es como si el padreno pudiera oírlo, no sabemos por qué. Están cerca el uno del otro sin llegar a tocarse. De vez en cuando sus pieles se rozan, entran en contacto, pero aun así, incluso en esos momentos, siguen ausentes el uno para el otro. El hecho de que sólo hable el hijo, de que únicamente lo haga él, resulta violento para los dos: el padre se ve privado de la posibilidad de contar su propia vida y el hijo desea una respuesta que nunca llegará.

I

Cuando se le pregunta qué significa para ella la palabra «racismo», la intelectual estadounidense Ruth Gilmore responde que el racismo es la exposición de determinados colectivos a una muerte prematura.

Esta definición sirve también para la dominación masculina, el odio a los homosexuales o a las personas transgénero, la dominación de clase o cualquier fenómeno de opresión social y política. Si entendemos la política como el gobierno de unos seres sobre otros y tenemos en cuenta que los individuos existen en el seno de una comunidad que no han elegido, entonces la política es la distinción entre colectivos cuya vida se asegura, se alienta y se protege y otros expuestos a la muerte, la persecución, el asesinato.

El mes pasado fui a verte a la pequeña ciudad del Norte donde ahora vives. Es una ciudad fea y gris. El mar está a unos pocos kilómetros, pero tú nunca vas. Hacía varios meses que no te veía —mucho tiempo—. No te reconocí cuando me abriste la puerta.

Te miré, intentando leer en tu rostro los años pasados lejos de ti.

Más tarde, la mujer con la que vives me explicó que ya casi no podías caminar. También que necesitabas un aparato para respirar por las noches, que si no tu corazón se pararía, que ya no puede latir sin asistencia, sin ayuda de una máquina, que ya no quiere latir. Cuando te levantaste para ir al baño y volviste, lo vi, los diez metros que recorriste te dejaron sin aliento, tuviste que sentarte para recobrar la respiración. Te disculpaste. Las disculpas son algo nuevo en ti, tendré que acostumbrarme. Me explicaste que sufrías una diabetes grave, además del colesterol alto, que podías tener un paro cardíaco en cualquier momento. Te quedabas sin aire al contarlo, tu pecho se vaciaba de oxígeno como si tuviera una fuga, incluso hablar te suponía un esfuerzo

demasiado intenso, demasiado grande. Veía cómo luchabas contra tu cuerpo, pero intentaba fingir que no me daba cuenta de nada. La semana anterior te habían operado por lo que los médicos llaman una «eventración» —no conocía la palabra—. Tu cuerpo se ha vuelto demasiado pesado para sí mismo, tu vientre empuja hacia el suelo, empuja demasiado, demasiado fuerte, tan fuerte que se desgarran por dentro, que se desprende de su propio peso, de su propia masa.

Ya no puedes conducir sin ponerte en peligro, ya no te dejan probar el alcohol, ya no puedes ducharte o ir a trabajar sin correr un riesgo inmenso. Apenas pasas de los cincuenta años. Perteneces a esa categoría de seres humanos a los que la política tiene reservada una muerte prematura.

Durante toda mi infancia anhelé tu ausencia. Regresaba de la escuela a media tarde, a eso de las cinco. Al llegar a casa, sabía que si tu coche no estaba aparcado frente a la puerta quería decir que te habías ido al bar o a casa de tu hermano y que volverías tarde, probablemente cuando ya hubiera anochecido. Si no veía tu coche en la acera, frente a la casa, sabía que cenaríamos sin ti, que mi madre acabaría por encogerse de hombros y servirnos la cena y que ya no te vería hasta el día siguiente. No había día en que, al acercarme a nuestra calle, no pensara en tu coche y rezara mentalmente: Por favor que no esté, por favor que no esté, por favor que no esté.

Aprendí a conocerte por accidente. O a través de los demás. No hace mucho le pregunté a mi madre cómo os habíais conocido y por qué se había enamorado de ti. Me contestó: Por el perfume. Tu padre se ponía perfume, y en aquella época no era como ahora, ¿sabes? Los hombres no se perfumaban nunca, era algo que no se llevaba. Pero tu padre sí. Él sí. Él era diferente. ¡Olía tan bien!

Mi madre continuó: *Fue él quien vino a buscarme. Yo acababa de divorciarme de mi primer marido, había conseguido sacármelo de encima y era más feliz así, sin ningún hombre a mi lado. Las mujeres son siempre más felices sin los hombres. Pero él insistió. Cada vez que venía a verme traía flores o chocolate. Así que cedí. Al final cedí.*

2002. Aquel día, mi madre me había sorprendido bailando, solo, en mi

habitación. Yo había procurado moverme de la manera más silenciosa posible, no hacer ruido, no respirar demasiado fuerte, la música tampoco estaba muy alta, pero algo oyó a través de la pared y vino a ver qué pasaba. Di un respingo y me quedé casi sin aliento, el corazón en la garganta, los pulmones en la garganta, me volví hacia ella y esperé —*el corazón en la garganta, los pulmones en la garganta*—. Esperaba un reproche o una burla, pero me dijo, con una sonrisa, que cuando bailaba era cuando más me parecía a ti. Le pregunté: «¿Papá ha bailado alguna vez?» —que tu cuerpo hubiera hecho alguna vez algo tan libre, tan bello y tan incompatible con tu obsesión por la masculinidad, me hizo entender que quizá, algún día, habías sido otra persona—. Mi madre asintió con la cabeza: «¡Tu padre no paraba de bailar! En todas partes. Cuando bailaba, todo el mundo lo miraba. ¡Y yo me sentía orgullosa de que fuera mi marido!» Crucé la casa corriendo y salí a buscarte al patio, donde estabas cortando leña para el invierno. Quería saber si era verdad, quería tener una prueba. Te repetí lo que acababa de oír y tú bajaste la mirada para decirme muy lentamente: «No hay que creerse todas las tonterías que cuenta tu madre.» Pero te habías ruborizado: sabía que estabas mintiendo.

Una noche en que yo estaba solo porque vosotros habíais ido a cenar a casa de unos amigos y no había querido acompañaros —tengo el recuerdo de la estufa de leña que propagaba por toda la casa su olor a ceniza y su luz tranquilamente anaranjada—, encontré en un viejo álbum familiar, comido por las polillas y la humedad, unas fotos en las que aparecías disfrazado de mujer, de *majorette*. Toda la vida te había visto despreciar cualquier signo de feminidad en un hombre, te había oído decir que un hombre nunca debía *comportarse como una mujer*, nunca. En las fotos tendrías unos treinta años, yo ya debía de haber nacido. Me quedé la noche entera contemplando aquellas imágenes de tu cuerpo, de tu cuerpo vestido con una falda, de la peluca en tu cabeza, del rojo de tus labios, de tu camiseta abultada por los pechos de mentira que habías tenido que improvisar rellenando con algodón un sujetador. Lo que más me sorprendió es que parecías feliz. Sonreías. Cogí una de las fotos y varias veces por semana la sacaba del cajón donde la había escondido e intentaba descifrarla. Nunca te dije nada.

Un día escribí en un cuaderno, refiriéndome a ti: *Contar la historia de su*

vida es escribir la historia de mi ausencia.

En otra ocasión, te sorprendí viendo una ópera que retransmitían en directo por la tele. Nunca habías hecho algo así, al menos estando yo presente. Cuando la cantante entonó su lamento, vi cómo tus ojos empezaban a brillar.

Lo más incomprensible es que incluso aquellos que no consiguen respetar siempre las normas y las reglas impuestas por el mundo se empeñen en hacerlas respetar, como cuando tú decías que un hombre no debía llorar nunca.

¿Acaso sufrías por ello, por esa paradoja? ¿Te daba vergüenza llorar, a ti, que tanto repetías que un hombre no debía llorar?

Me gustaría decirte que yo también lloro. A menudo, mucho.

2001. Una noche de invierno invitaste a un montón de gente a cenar con nosotros. Había muchos amigos, no era algo que hicieras habitualmente y se me ocurrió preparar un espectáculo para ti y los demás adultos. Les propuse a los niños que estaban sentados a la mesa, otros tres chicos, que vinieran a mi cuarto a prepararnos y ensayar —había decidido que emularíamos el concierto de un grupo de pop llamado Aqua, hoy ya desaparecido—. Me inventé las coreografías, los movimientos, los gestos, no paré de dar órdenes durante más de una hora. Yo me había reservado el papel de la cantante, los otros tres chicos harían los coros e imitarían a los músicos rasgueando unas guitarras invisibles. Fui el primero en entrar en el comedor, los otros venían detrás, hice la señal convenida y empezamos el espectáculo, pero tú enseguida volviste la cabeza. No entendía nada. Todos los adultos nos miraban menos tú. Canté más alto, bailé con gestos más agresivos para que te fijaras en mí, pero tú no me mirabas. Yo te decía: Papá, mírame, mírame, pero por más que me esforzara, tú no me mirabas.

Cuando conducías el coche, yo te decía: ¡Haz de piloto de Fórmula 1! y tú acelerabas, alcanzabas los ciento cincuenta kilómetros por hora en las carreteras provinciales. Mi madre se asustaba, se ponía a gritar, decía que estabas loco y tú me mirabas sonriendo por el retrovisor.

Naciste en una familia de seis o siete hermanos. Tu padre trabajaba en la fábrica, tu madre no trabajaba. No habían conocido otra cosa que no fuera la

pobreza. Poco más puedo decir sobre tu infancia.

Tu padre os abandonó cuando tenías cinco años. Es una historia que cuento a menudo. Una mañana se fue a trabajar a la fábrica y por la noche no volvió. Tu madre, la abuela, me dijo que lo esperó, qué remedio, al fin y al cabo es lo que había estado haciendo durante media vida. *Le había preparado la cena, lo esperamos como siempre, pero nunca más volvió.* Tu padre bebía mucho y algunas noches, por culpa del alcohol, le pegaba a tu madre. Cogía platos, objetos pequeños y a veces incluso sillas, y se los tiraba a la cabeza antes de abalanzarse sobre ella y golpearla con los puños. No sé si tu madre gritaba o si soportaba el dolor en silencio. Tú los mirabas sin poder hacer nada, impotente, confinado en tu cuerpo de niño.

Esto también lo he contado ya —pero ¿acaso no debería repetirme cuando hablo de tu vida, puesto que nadie quiere oír hablar de vidas como la tuya?, ¿no deberíamos repetirnos hasta que nos escuchen, para forzarlos a escuchar?, ¿no deberíamos gritar, tal vez?

No me da miedo repetirme porque lo que escribo, lo que digo, no responde a las exigencias de la literatura, sino a las de la necesidad y la urgencia, a las del fuego.

Ya lo he dicho en otro lado: cuando murió tu padre, quisiste celebrar la noticia, el anuncio de su muerte. No habías olvidado lo que le había hecho a tu madre. Tu hermana había intentado que os reconciliarais muchas veces, había ido a verte para pedirte que olvidaras, ella lo había perdonado, pero cuando tu hermana aparecía tú te concentrabas en el programa que estuvieran dando en la tele y la ignorabas, actuabas como si no hubiera nadie. El día que te enteraste de la muerte de tu padre, toda la familia estaba en la cocina. Aquel mismo día, o aquella misma semana, tú celebrabas tu cuarenta aniversario. Estábamos viendo la televisión y dijiste lo bastante alto como para que todo el mundo te oyera —ahora que lo pienso, quizá hablaste demasiado alto: hubo algo raro en tu entonación, algo artificial, como si hubieses preparado la frase durante meses—, dijiste: Voy a comprar una botella para celebrarlo. Te subiste al coche y fuiste a comprar pastís a la tienda del pueblo. Lo celebraste hasta bien entrada la noche, riendo y cantando.

Es curioso, dado que tu padre había sido violento, tú repetías de manera obsesiva que nunca lo serías, que nunca le pegarías a ninguno de tus hijos. Nos

decías: Jamás le pondré la mano encima a uno de mis hijos, jamás en la vida. La violencia sólo genera violencia. Durante mucho tiempo yo repetí esta frase, que la violencia es la causa de la violencia, pero estaba equivocado: la violencia nos salvó de la violencia.

Tu padre no fue el primero en tener problemas con el alcohol. El alcohol formaba parte de tu vida antes de que tú nacieras, las historias relacionadas con el alcohol se repetían a nuestro alrededor, los accidentes de coche, los resbalones mortales en el hielo al volver de una cena regada con vino, las violencias conyugales provocadas por el vino y el pastís y otras cuantas historias más. El alcohol cumplía la función del olvido. El mundo era el responsable, pero cómo condenar al mundo, a ese mundo que imponía una vida que la gente de nuestro alrededor no tenía más remedio que intentar olvidar — con el alcohol, por el alcohol.

Era olvidar o morir, u olvidar y morir.

Olvidar o morir, u olvidar y morir de tanto empeñarse en olvidar.

Aquella noche en la que preparé un falso concierto para ti con otros niños, me ofusqué, no quería parar, quería que me miraras, el malestar empezó a instalarse en la sala y yo continuaba implorando: Mírame, papá, mírame.

1998. Es Navidad. Reconstruyo la imagen, lo intento con todas mis fuerzas, pero la realidad es como los sueños: cuanto más intento atraparla, más se me escapa. Toda la familia está sentada a la mesa. Yo como demasiado, has comprado demasiada comida para la cena de Nochebuena. Siempre tuviste miedo de ser distinto de los otros por culpa de la falta de dinero, lo repetías una y otra vez: No veo por qué deberíamos ser distintos de los demás, y por esa razón querías que en la mesa hubiese todo lo que imaginabas que los demás tenían y comían en Nochebuena: *foie-gras*, ostras, tronco de Navidad, lo que, paradójicamente, hacía que cuanto más pobres éramos más dinero gastáramos en fechas tan señaladas por la angustia de no ser como los demás.

Hablo con mi madre, con mis hermanos y hermanas, pero no contigo. Tú no hablas. Dices que detestas las fiestas. En cuanto llega diciembre, nos dices que ya tienes ganas de que las fiestas hayan terminado, pasado, quedado atrás, y creo que finges odiar la felicidad para convencerte de que si tu vida tiene la

aparición de una vida infeliz es porque así lo has elegido, como si quisieras convencernos de que siempre has tenido el control de tu propia infelicidad, como si quisieras dar la impresión de que si tu vida ha sido tan dura es porque así lo has querido, porque te da asco el placer, porque detestas la alegría.

Creo que te niegas a aceptar la derrota.

Todos los años, por Navidad, escondías los regalos en el maletero del coche y esperabas a que yo me hubiera acostado para ir a buscarlos y dejarlos al pie del abeto para que yo me los encontrara al levantarme por la mañana.

Pero aquella noche, cerca de las doce, aún no nos habíamos dormido cuando oímos una explosión fuera, aunque tan intensa, tan inmensa, que fue como si se hubiera producido en la cocina. No se me ocurre una imagen mejor para explicarlo que ésta: sonó como si un avión se hubiera estrellado justo enfrente de la casa o en el patio interior. Tú saliste para averiguar qué había pasado, yo te seguí y lo vi: tu coche seguía en el mismo lugar, pero comprimido, reducido a un pedazo de metal sin forma, sin estructura. A su alrededor, esquilas de plástico y trozos de papel de regalo flotaban en el aire como confeti, y varios metros más allá, frente a tu coche destruido, había un enorme camión que transportaba motos, ligeramente abollado por el accidente. El que lo conducía —el responsable de aquel desaguisado— se había detenido para contemplar el drama. Desde donde yo estaba podía ver el vaho que salía de su boca, las volutas de vapor que desdibujaban su rostro: parecía un espectro. Al vernos, volvió a arrancar el camión y se hundió en la noche. Tú lo perseguiste, no tenía ningún sentido, nunca habrías conseguido darle alcance a un camión, no había ninguna esperanza, pero tú corrías y gritabas: Te voy a reventar, hijo de la gran puta, gritabas, te voy a reventar —te vi correr tras él, tu cuerpo desapareció en la oscuridad, se disolvió en la penumbra para luego reaparecer y regresar, vencido y sin aliento.

Yo era demasiado pequeño para recordarlo, pero aun así lo recuerdo. Cuando vi la cara que ponías al contemplar lo que quedaba de tu coche, lloré por lo que vi en tu cara y pregunté cómo ibas a hacer a partir de entonces para ir a la fábrica. Me tumbé en el sofá y me pasé el resto de la Nochebuena llorando. ¿Por qué lloraba? Debería haberlo hecho porque mis regalos habían desaparecido —sí, sabía que los guardabas en el coche—, con siete años no debería haber llorado por el coche, debería haber pensado en mis regalos, habría sido lo más lógico. ¿Acaso ya me habías hecho entender que

formábamos parte de aquellos a quienes nadie ayuda? ¿Me habías inculcado ya el lugar que ocupábamos en el mundo?

A menudo me parece que te quiero.

Cuando le pedía a mi madre que me contara cosas sobre ti, me explicaba que la desaparición de tu padre os había condenado a una miseria aún mayor. Tu madre se encontró sola con seis o siete hijos, sin estudios, incapaz de conseguir trabajo. Peter Handke dice: «Nacer mujer en un mundo así es ya de antemano algo mortal.» Sin embargo, mi madre también decía que a partir de entonces habíais sido mucho más felices, porque el hombre de la familia había desaparecido y con él la violencia, el miedo a sus reacciones, su locura masculina.

Lo que llamamos Historia no es sino la historia de la reproducción de las mismas emociones, de las mismas alegrías a través de los cuerpos y del tiempo, y mi madre conoció esa misma felicidad cuando te echó de casa. Una de aquellas noches de entre semana en las que tardabas en volver porque estabas en el bar o en casa de tu hermano, ella, harta de esperarte, metió todas tus cosas en bolsas de basura y las tiró a la calle por la ventana. Yo era mayor de edad, tenía dieciocho años. Ya no vivía con vosotros, pero mi madre me lo ha contado. Habías salido con tus colegas sin decirle a qué hora volverías. Durante años no había hecho otra cosa que esperarte, igual que tu madre a tu padre en otro tiempo, pero aquella noche decidió que ya tenía suficiente. Habíais vivido juntos veinticinco años. Volviste a casa en mitad de la noche, pero la puerta estaba cerrada. Golpeaste los muros, las ventanas, te pusiste a gritar sin entender por qué tus cosas estaban en la acera, metidas en bolsas de plástico negro, fingiendo que no lo entendías. Mi madre te gritó a través de la puerta que no volvieras nunca más. Tú preguntaste: ¿Nunca más?, y ella repitió: Nunca más. Se había terminado. Tras tu marcha, ya no volvió a ser, como ella misma decía, *la misma persona*, con casi cincuenta años se fue a vivir a una gran ciudad por primera vez en su vida, empezó a viajar. Descubrió nuevas pasiones y sobre todo nuevas aversiones. Empezó a decir, ella, que hasta entonces había vivido siempre en el campo: «¡Ah, qué mentalidad tan pueblerina!»

La noche del falso concierto empecé a quedarme realmente sin aliento, pero no quería rendirme. No sé durante cuánto tiempo continué insistiendo: Mírame, papá, mírame. Al final te levantaste y dijiste: Voy fuera a fumarme un piti. Te había ofendido.

Nunca superaste la separación. Algo en ti se había roto. Como pasa siempre, no te diste cuenta de lo mucho que querías a mi madre hasta que os separasteis. Tras la ruptura, te volviste más sensible al mundo, empezaste a ponerte enfermo más a menudo, todo te hacía daño. Fue como si el dolor de la separación hubiese abierto una herida que dejó entrar de pronto todo lo que te rodeaba, el mundo, y por tanto la violencia, en tu interior.

Cuando estabas de buen humor, llamabas a mi madre Pichurrina, Cuchicuchi, Mamita.

Le dabas palmadas en el culo delante de la gente y ella te decía: «¡No hagas eso, que es muy vulgar!» Tú te reías. Y ella se reía de tu risa.

Se quejaba cuando el día de su cumpleaños le regalabas aspiradoras, cazuelas o cosas para la casa: «Oye, que no soy una chacha.»

Me decía: «Tras cada discusión, tu padre me promete que cambiará. Siempre dice que cambiará, pero luego nunca cambia. Árbol que crece torcido...»

La noche del falso concierto, ¿te ofendí porque escogí hacer el papel de la cantante?

Dejaste los estudios. Abandonar la escuela lo antes posible era para ti una cuestión de masculinidad, la regla del mundo en que vivías: *ser masculino, no comportarse como una tía, no ser un maricón*. Sólo las tías y los otros, los que presumiblemente llevaban una vida sexual desviada, anormal, aceptaban someterse a las reglas del colegio, a la disciplina, a lo que los profesores pedían o exigían.

Para ti, construir un cuerpo masculino significaba resistirte al sistema escolar, no someterte a las órdenes, al Orden, incluso enfrentarte a la escuela y a la autoridad que encarnaba. En el instituto, uno de mis primos le dio una bofetada a un profesor delante de toda la clase. Siempre hablábamos de él

como de un héroe. La masculinidad —*no comportarse como una tía, no ser un maricón*— significaba dejar la escuela lo antes posible para demostrarles tu fortaleza a los demás, para mostrar tu insumisión lo antes posible. Pero construir tu masculinidad, deduzco, significaba también privarte de esa otra vida, de ese otro futuro, de ese otro destino social que los estudios habrían podido darte. La masculinidad te condenó a la pobreza, a la falta de dinero. Odio a la homosexualidad = pobreza.

Voy a intentar formular una teoría. Ahora que lo pienso, tengo la sensación de que tu existencia ha sido, a tu pesar y precisamente en tu contra, una *existencia negativa*. No tuviste dinero, no pudiste estudiar, no pudiste viajar, no pudiste cumplir tus sueños. Apenas hay en el lenguaje otra cosa que negaciones para explicar tu vida.

En su libro *El ser y la nada*, Jean-Paul Sartre reflexiona sobre las relaciones entre el ser y los actos. ¿Nos define lo que hacemos? ¿Nuestro ser se define por aquello que llevamos a cabo? ¿La mujer y el hombre son lo que hacen o existe una diferencia, un salto entre la verdad de nuestra persona y nuestros actos?

Tu vida demuestra que no somos lo que hacemos, más bien al contrario: *somos lo que no hemos hecho* porque el mundo, o la sociedad, nos lo ha impedido. Porque eso que Didier Eribon llama veredictos se ha abatido sobre nosotros, gays, trans, mujeres, negros, pobres, y ha hecho que algunas vidas, algunas experiencias, algunos sueños, nos resulten inaccesibles.

2004. En el instituto, oigo hablar por primera vez de la Guerra Fría, de la división de Alemania en dos, del muro que separaba Berlín y de la caída de ese muro. El hecho de que una ciudad tan cercana hubiese podido dividirse en dos partes mediante un muro prácticamente de la noche a la mañana fue para mí como un huracán: me dejó fascinado, ya no pude escuchar lo que me dijeron a lo largo del día ni pensar en nada más, fui incapaz de hacer otra cosa. Intentaba imaginarme el muro en medio de una carretera que las mujeres y los hombres habían podido atravesar el día antes sin pararse a reflexionar.

Tú tenías más de veinte años cuando derribaron el muro, y durante el resto del día estuve fantaseando con las preguntas que iba a hacerte al llegar a casa: ¿Conocías a alguien que hubiese visto el muro, hombres o mujeres que lo

hubieran tocado, que hubieran participado en su destrucción? ¿Cómo era aquella Europa dividida en dos —te preguntaría—, aquel muro de cemento entre dos Europas?

El autobús que me llevaba a casa me dejó en la plaza del pueblo, pero a diferencia de otras veces no volví lo más lentamente posible, callejeando, no recé para que tu coche no estuviese aparcado en la acera, sino que corrí, corrí más rápido que nunca, con la cabeza llena de interrogantes.

Te pregunté todo lo que se había ido acumulando en mi cabeza y tú respondiste de manera vaga: *Sí, es verdad, había un muro. Lo vi en la tele.* No dijiste nada más. Esperé, pero me diste la espalda. Yo insistí: Pero dime, ¿cómo era, en qué consistía, qué aspecto tenía? Y si alguien amaba a una persona que vivía al otro lado del muro, ¿ya no podía volver a verla nunca más? No tenías nada que decir. Empecé a notar que mi insistencia te incomodaba. Tenía doce años, pero decía cosas que tú no entendías. A pesar de todo, insistí todavía un poco más y al final te cabreaste. Te pusiste a gritar, me dijiste que no te hiciera más preguntas, pero tu cabreo no era como el de otras veces, tu grito no había sido un grito normal. Estabas avergonzado porque te había obligado a enfrentarte a la cultura escolar, a aquella que te había excluido, que no había querido saber nada de ti. ¿Dónde está la historia? La historia que aprendíamos en la escuela no era tu historia. Nos enseñaban la historia del mundo y tú te habías quedado al margen del mundo.

1999. Cuento con los dedos: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. Estoy a punto de cumplir siete años. Me preguntaste qué quería para mi cumpleaños y te respondí: *Titanic*. Acababa de salir la película en VHS y la anunciaban en televisión varias veces al día, continuamente. No sé qué es lo que me atraía tanto de aquella película, no sabría decirlo, si el amor, el sueño compartido de Leonardo DiCaprio y Kate Winslet por convertirse en otras personas, la belleza de Kate Winslet, no lo sé, el caso es que estaba obsesionado con la película sin haberla visto todavía y te la pedí. Me dijiste que era una película para niñas y que no me convenía. No, estoy precipitándome, primero me suplicaste que pidiera otra cosa: ¿No preferirás un coche teledirigido o un disfraz de superhéroe? Piénsalo bien. Pero yo te contestaba: No, no, yo lo que quiero es *Titanic*, y fue tras mi insistencia, tras tu fracaso, cuando cambiaste de tono. Me dijiste que entonces me iba a quedar sin nada, que no tendría

regalo. Ya no me acuerdo si lloré. Pasaron los días. La mañana de mi cumpleaños encontré a los pies de la cama un gran estuche blanco con unas letras doradas que decían: *Titanic*. En el interior estaba la cinta y también un álbum de fotos de la película, y hasta puede que una maqueta del transatlántico. Era un estuche de coleccionista, sin duda demasiado caro para ti, para nosotros, pero lo habías comprado y lo habías puesto junto a mi cama envuelto en un papel. Te besé en la mejilla y no dijiste nada, me dejaste ver la película unas diez veces por semana durante más de un año.

La noche del falso concierto, ¿te ofendí porque hice de niña y pensaste que tus amigos te juzgarían por ello, que te considerarían culpable por haberme educado como a una niña?

Te daban miedo las ratas y los murciélagos, no sé por qué esos animales y no otros.

Cogías a puñados el gruyer rallado y te lo comías poniéndote el paquete abierto debajo de la boca. Yo veía caer los trozos de queso dentro del paquete, directamente de tu boca al paquete, y te lo recriminaba: «¡No quiero comerme el queso que ha estado en tu boca!»

Soñabas con trabajar en una morgue. Decías: «Al menos los muertos no te tocan los cojones.»

Después del falso concierto, salí a buscarte y te encontré fumando compulsivamente, solo, en camiseta. Hacía frío, la calle estaba desierta y el silencio era casi infinito, me entraba por la boca y las orejas, podía sentirlo. Tú mirabas al suelo. Te dije: Lo siento, papá. Me tomaste entre tus brazos y me dijiste: No pasa nada, no pasa nada. No te preocupes, no pasa nada.

Intentaste ser joven durante cinco años. Cuando dejaste el bachillerato, pocos días después de haberlo empezado, conseguiste trabajo en la fábrica del pueblo, pero tampoco te quedaste mucho allí, apenas unas semanas: no querías reproducir la vida de tu padre y de tu abuelo. Ellos habían empezado a trabajar justo después de la infancia, a los catorce o quince años, pasando sin transición de la niñez al agotamiento y a la preparación para la muerte, sin derecho a esos pocos años de olvido del mundo y de la realidad que los demás llaman «juventud» —es una manera de decirlo un poco ñoña: *esos*

pocos años de olvido que los demás llaman «juventud».

Durante cinco años luchaste con todas tus fuerzas para ser joven, te fuiste a vivir al sur de Francia pensando que allí la vida sería más bella, menos asfixiante gracias al sol, te dedicaste a robar motocicletas, a pasar las noches en vela, a beber todo lo que podías. Viviste todas estas experiencias lo más intensa y agresivamente posible, con el sentimiento de que las estabas robando —eso es, ahí era adonde quería llegar: a unos les dan la juventud y otros no tienen más remedio que robarla.

Pero un día se terminó. Supongo que fue por culpa del dinero, aunque sin duda había algo más. Lo dejaste todo y volviste al pueblo donde habías nacido, o al que estaba justo al lado, que viene a ser lo mismo, y conseguiste un empleo en la fábrica en la que toda tu familia había trabajado antes que tú.

Es un mecanismo clásico: como tenías la sensación de no haber vivido a fondo tu juventud, intentaste vivirla durante toda la vida. Ése es el problema de las cosas robadas, como tú con tu juventud, que no conseguimos creer que nos pertenecen de verdad y hay que seguir robándolas eternamente, es el robo de nunca acabar. Querías atraparla de nuevo, recuperarla, volver a robarla. Sólo aquellos a quienes siempre se lo han dado todo pueden tener un verdadero sentimiento de posesión, pero los demás no. La posesión no es algo que se pueda adquirir.

Una de esas tentativas de seguir siendo joven, de ser joven por fin, tuvo lugar una vez en que estabas con tu amigo Anthony, ¿te acuerdas? Ibais en coche y visteis que teníais detrás a la policía. Habíais bebido mucho alcohol, si os hubieran detenido os habrían quitado el carnet de conducir y no os lo habrían devuelto nunca. Os dio la impresión de que os estaban siguiendo, así que acelerasteis, aumentasteis la velocidad, como si fuera una persecución, para que no os pillaran, os saltasteis los semáforos y acelerasteis más todavía, supongo que inspirados en las persecuciones que veíais por las noches en la tele entre la policía y las bandas de gánsters americanos, incluso en los momentos más intensos de la vida parece que nos dediquemos a imitar las escenas y los papeles vistos en la literatura o en el cine, continuasteis hasta un río, salisteis del coche, os lanzasteis al agua para que la policía no os detuviera —ni siquiera estoy seguro de que os siguieran realmente—, empezasteis a nadar —tú, que tenías miedo del agua más que de cualquier otra

cosa, tú, que incluso tenías miedo de meterte en la bañera por culpa de esa fobia, estuviste nadando en el agua helada— y salisteis del río unos cientos de metros más adelante. Esperasteis durante un buen rato hundidos hasta los tobillos en el barro y calados hasta los huesos, cruzando los dedos para que la policía se alejara, y luego volvisteis a casa con la ropa empapada, apestando a cieno y a pescado. Estabais chorreando, el agua os resbalaba por el cuerpo y caía al suelo, las gotas se deslizaban por el tejido de tu ropa y se estampaban en el pavimento sin hacer ruido. No eras tú el que contaba esta anécdota, pues tú nunca hablabas, pero cuando mi madre la contaba, y era algo que hacía a menudo, varias veces al mes, tú sonreías y decías: «Es verdad que nos reímos de lo lindo.» Habías conseguido recuperar un momento de juventud.

Te fascinaban las innovaciones tecnológicas, como si a través de la novedad que representaban quisieras insuflar en tu vida un soplo del aire fresco al que no tenías derecho. Comentabas, con una mezcla de envidia y admiración en la voz, los anuncios de los nuevos teléfonos, tabletas u ordenadores. Pero no los comprabas: eran demasiado caros. Te contentabas con los cachivaches que los vendedores ambulantes ofrecían en el mercadillo del pueblo: un reloj cuyas manecillas giraban al revés, una máquina para hacer Coca-Cola en casa, un láser capaz de proyectar la imagen de una mujer desnuda sobre un muro situado a más de cien metros de distancia. *Hay más objetos que personas en nuestros recuerdos.*

Tú vivías tu juventud a través de la juventud de aquellos objetos.

Otra cosa: en septiembre, para la feria, instalaban en el pueblo tióvivos, casetas de tiro, máquinas tragaperras. Te gastabas el presupuesto de todo el mes en cuatro días —el dinero que tenía que servirnos para pagar la comida, las facturas, el alquiler—. Mi madre decía: «No estoy casada con un hombre, sino con un crío.»

(hablo de ti en pasado porque ya no te conozco: hablar en presente sería mentir.)

Una imagen: estamos en verano, es de noche en pleno día, la oscuridad cubre la inmensidad del mundo, nos cubre a ti, a mí y al campo de maíz donde

estoy plantado a tu lado, será mediodía, pero es de noche, y tú me dices: Eclipse de sol, me dices, ni se te ocurra quitarte las gafas o el sol te quemará los ojos y no volverás a ver nada nunca más, me dices, sólo lo veremos esta vez, la próxima vez que ocurra algo así en la Tierra, estaremos todos muertos, incluso tú, incluso tú estarás muerto.

(me regalaste el reloj que giraba al revés, el que habías comprado en el mercadillo. Ya no lo tengo, lo perdí.)

Otra imagen: tú conduces, yo voy en el asiento trasero, estamos los dos solos y dices: Vamos a surfear. Yo no entiendo qué quieres decir, nunca he oído la expresión. Tú vuelves a decir: Vamos a surfear, y aprietas el acelerador rumbo a la playa, conduces por encima de la arena y veo cómo el mar se acerca, las olas avanzan hacia nosotros, pienso que vas a matarnos, que quieres morirme y quieres que me muera contigo, grito: ¡No, papá, no, por favor!, cierro los ojos, no quiero morir, te acercas más todavía y, al llegar al borde del agua, das un volantazo y de golpe ya no conduces hacia el interior de las olas, sino en paralelo a ellas, dos ruedas en la arena y las otras dos en el agua, con una parte del coche sumergida unos veinte centímetros, tal vez treinta. Me deslizo por el asiento trasero, miro a través de la ventanilla del lado del agua y es cierto, ya no veo más que el mar y tu coche que avanza por encima, por la superficie, nada más. Tú me repites: ¿Qué te había dicho? Estamos surfear.

Casi he olvidado todo lo que te dije cuando fui a verte **la última vez**, pero me acuerdo de todo lo que no te dije. Generalmente, cuando pienso en el pasado y en nuestra vida en común, me acuerdo sobre todo de las cosas que no te dije, mis recuerdos son recuerdos de lo que nunca sucedió.

Tras los años de lucha por el derecho a ser joven, llegó la vida conyugal. Todo ocurría según el orden establecido.

Cuando te cruzaste en la vida de mi madre, ella ya había estado casada y tenía dos hijos del hombre al que había conocido antes que a ti. Tú enseguida quisiste tratarlos como si fueran tus propios hijos, dormías con ellos cuando tenían miedo aunque ya eran mayores, les propusiste que adoptaran tu apellido

—ignoro si por voluntad de parecer un buen padre a los ojos de los demás o por amor verdadero, la frontera entre ambos es siempre demasiado delgada—. Me diste un bofetón el día que dije que el mayor sólo era mi medio hermano. Me reprendiste: «Es tu hermano y punto. No hay medios hermanos, yo no tengo medios hijos.»

2006. Casi he terminado, ya casi no me queda nada por contar. Ésta es una de las últimas escenas, luego llegará el olvido. La escena tiene lugar en un autobús, en el asiento de un autobús escolar tapizado de una especie de moqueta desteñida azul y verde. Estoy sentado. Un poco más allá, tres o cuatro filas más adelante, está mi primo Jayson. Se ríe, pero no de una manera normal. Canta, grita. El conductor le pide que se calle. Jayson no quiere. No entiende lo que le dicen, está sufriendo una de sus crisis, nació con una discapacidad que lo lleva a sufrir varias crisis al mes sin previo aviso y no puede parar, no oye nada de lo que pasa a su alrededor. El conductor le pide que se calle por segunda vez y Jayson se ríe más fuerte todavía, de un modo cada vez más descontrolado, entonces el conductor detiene el autobús bruscamente, pone el freno de mano, se levanta y se acerca a mi primo con la intención de pegarle. Ya tenía a Jayson cogido del cuello de la camiseta cuando me di cuenta de lo que pasaba, de lo que iba a ocurrir, el hombre había levantado la mano para darle un tortazo, pero justo en ese instante me puse de pie —no sé qué me dio, no era algo propio de mí, yo no me distinguía precisamente por mi valentía— y le dije que no se metiera con un discapacitado. El hombre se detuvo, pivotó sobre sus talones, vino hacia mí, que estaba paralizado, y fui yo quien se llevó el guantazo.

Al volver a casa por la tarde te conté lo ocurrido. Tú me escuchaste, empezaste a ponerte tenso, resoplaste y dijiste que me vengarías. Yo te pedí que no lo hicieras, tenía miedo de las consecuencias de tu venganza, sabía perfectamente cómo acaban esas cosas, pero ya era demasiado tarde. Al día siguiente aguardaste en la plaza y, cuando el autobús se detuvo, te subiste, agarraste por el cuello al conductor y le dijiste que no volviera a ponerme la mano encima nunca más. Me dio la impresión de que los otros niños te admiraban, incluso me sonrieron, como si tu fuerza se reflejara en mí. Pero al día siguiente los que te habían visto amenazar al conductor me dijeron que no sabía defenderme por mí mismo y que necesitaba a mi padre para defenderme.

Durante varios meses me estuvieron tomando el pelo y, antes de que pudiera responder, antes de que pudiera reaccionar, me decían: «¿Qué vas a hacer ahora, vas a llamar a tu papi?»

(y pensar que te he llamado tan poco)

El otro día, mientras el tren se acercaba a esa ciudad en la que ahora vives, escribí: *Los otros, el mundo, la justicia no paran de vengarnos sin darse cuenta de que su venganza no nos ayuda, sino que nos destruye. Se creen que nos salvan con su venganza, pero nos destruyen.*

II

Yo no era inocente. En **2001**, el mayor de mis hermanos intentó matar a mi padre —fue pocos días después de los atentados del World Trade Center, por eso me acuerdo de la fecha o, mejor dicho, por eso no puedo, no consigo, olvidarla—. Yo había estado viendo con mi hermano cómo se incendiaban las torres gemelas, cómo implosionaban y se derrumbaban, mi hermano ahogaba sus penas en una botella de whisky frente al televisor y lloraba, lloraba y decía, me acuerdo perfectamente: Van a matarnos a todos, joder, eso decía, van a matarnos a todos, es el principio de la guerra, te lo advierto, prepárate, porque te digo, escucha bien lo que te digo, que ahora vamos a morir todos, me advertía, la siguiente bomba que tiren la tirarán sobre nosotros, los franceses, y entonces, no tengo ninguna duda, todos vamos a palmarla. Durante mucho tiempo creí que había sido mi padre quien había pronunciado estas frases, pero acabo de recordar que no fue él, sino mi hermano. Yo tenía nueve años y también lloraba, pero lo hacía como un niño que llora al ver llorar a su familia, sin entender realmente lo que pasa, tal vez llorando precisamente por la incomprensión, por el vacío, llorando porque ya tenía miedo a la muerte y porque era demasiado pequeño para darme cuenta de que las palabras de mi hermano no eran más que la evidencia de sus pulsiones violentas y paranoicas, las palabras de un hombre a quien aprendería a detestar dos o tres años más tarde.

Continúo: una semana después, sin más relación con los atentados que la proximidad de una fecha que me permite situar en el tiempo la tentativa de asesinato, mi hermano mayor, como decía, en mitad de la cena y delante de todos, agarró a mi padre por el cuello y lo estampó contra la pared de la cocina repetidas veces. Iba a matarlo, no era la primera vez que se pegaban.

Mi padre chillaba, suplicándole que parase —nunca había visto a mi padre suplicarle a nadie—, y mi hermano mayor gritaba: Te voy a reventar, hijo de puta, te voy a reventar —siempre las mismas palabras, las mismas expresiones — mientras mi madre y Deborah, una chica a la que mi hermano había conocido recientemente, intentaban impedir que yo viera nada. Me viene a la memoria la imagen de mi madre tirándole vasos a mi hermano mayor para detenerlo, pero una y otra vez fallaba el tiro y los vasos se hacían añicos al caer al suelo. Ella también gritaba: Hostia ya, ¿queréis parar?, vais a mataros el uno al otro, berreaba, no sé cómo decirlo, se desgañitaba, va a matar a su padre, va a matar a su propio padre. Y luego me susurraba al oído: No mires, mi niño, no mires, mamá está aquí contigo, no mires.

Pero yo quería mirar, pues había sido yo quien había provocado la pelea entre mi padre y mi hermano, yo la había querido, era mi venganza.

La historia de mi venganza empieza una mañana, muy temprano. Hay que imaginarse la escena: yo estoy bebiendo un batido de chocolate caliente en la cocina, sentado entre mi madre y mi hermano mayor. Se acaban de despertar y fuman viendo la tele. Hace apenas veinte minutos que se han levantado, pero ya se han fumado tres o cuatro cigarrillos cada uno y la habitación está llena de un humo espeso y opaco. Toso mientras mi madre y mi hermano se ríen de lo que ven en la tele, risas cansadas, cavernosas, y siguen fumando. Mi padre y mis hermanas no están.

Le digo a mi madre que tengo que ir al pueblo a ver a un amigo para ayudarlo a arreglar su bicicleta. Ella asiente con la cabeza sin apartar los ojos de la tele. Me visto sin hacer ruido, salgo de casa, oigo su risa de nuevo, cierro la puerta dando un portazo y camino aterido entre ladrillos rojos y grises, a través del olor del estiércol y de la niebla, y entonces me doy cuenta de que me he dejado algo en mi cuarto, ya no recuerdo qué, y doy media vuelta.

Entro en casa sin llamar a la puerta y distingo junto a la estufa encendida las siluetas de mi madre y de mi hermano envueltas por el humo, más juntas de lo que lo estaban al salir yo. Pero sobre todo, sobre todo veo lo que está pasando: mi madre le da dinero a mi hermano, aprovecha la oscuridad y la ausencia de los demás para darle dinero, y yo sé que mi padre le ha prohibido que lo haga, le ha ordenado que no vuelva a darle dinero a mi hermano nunca

más porque sabe que con el dinero mi hermano mayor comprará alcohol y drogas, y que cuando esté borracho y drogado irá a pintar grafitis a los supermercados y a las marquesinas de los autobuses o a prender fuego a las gradas del estadio municipal. Ya lo había hecho varias veces, se la había jugado, podrían haberlo metido en la cárcel, y mi padre le había dicho a mi madre: Que no te vuelva a pillar dándole dinero a ese delincuente, así que, al verse sorprendida, mi madre da un respingo. Se me acerca furiosa y dice: Como le cuentas a tu padre, te vas a enterar, pero luego duda, duda de la estrategia que debe seguir, prueba otra cosa, cambia el tono y empieza de nuevo con una voz diferente, ¿cómo decirlo?, más dulce, implorante: Tu hermano necesita dinero para comer en el instituto, pero tu padre no quiere entenderlo, sé bueno con mamá y no se lo digas a papá, ya sabes lo tonto que puede ser tu padre a veces, entonces yo asiento, no digo nada, le juro que no diré nada.

Mi madre comete el error fatal quince días después. Aún no sabe que antes de que termine el día lo acabará pagando, que sufrirá. La mañana en cuestión estamos los dos solos, en silencio. Me preparo para ir a la escuela y cuando abro la puerta para salir me dice, sin motivo aparente, entre dos caladas —era algo que me decía a menudo, pero nunca hasta entonces lo había hecho de una manera tan dura, tan directa—, me dice: ¿Por qué eres así? ¿Por qué te comportas siempre como una niña? En el pueblo todos dicen que eres marica, se nos cae la cara de vergüenza por tu culpa, todo el mundo se ríe de ti. No entiendo por qué lo haces.

Yo no le respondo. Salgo de casa, cierro la puerta sin decir nada y no sé por qué no lloro, pero el resto del día tiene el sabor de las palabras de mi madre, el aire tiene el sabor de sus palabras, la comida tiene el sabor de la ceniza. No lloro en todo el día.

Aquella misma tarde, cuando volví a casa después del colegio, mi madre estaba sirviendo la cena y mi padre encendía el televisor.

Y luego, de golpe y porrazo, en mitad de la cena me pongo a gritar. Grito muy rápido y muy fuerte, cerrando los ojos: Mamá le da dinero a Vincent, continúa dándole dinero, el otro día vi cómo se lo daba y me dijo que no dijera nada, me dijo: Sobre todo no se lo cuentas a papá, me pidió que te

mintiera y..., pero mi padre no me deja acabar la frase, me corta y no me deja llegar hasta el final. Se vuelve hacia mi madre y le pregunta si es verdad, ¿Te estás quedando conmigo o qué? ¡Qué cojones es esto!, y sube el tono de voz. Se levanta y aprieta los puños, mira a su alrededor, no sabe qué hacer, no lo sabe todavía, y ésa era exactamente la reacción que yo esperaba.

Miro a mi madre, siento mucha curiosidad, quiero que sufra por haberme humillado de buena mañana,

quiero que sufra,

y sé que provocar una riña entre mi padre y mi hermano es la mejor manera de hacerla sufrir. Cuando nuestras miradas se cruzan, me dice: Eres una puta basura. Ni siquiera intenta ocultar la verdad, se diría que está a punto de vomitar de asco. Bajo la cabeza, empiezo a avergonzarme de lo que acabo de hacer, pero de momento el placer de la venganza aún gana la partida —no será hasta más tarde cuando no me quedará más que la vergüenza.

Mi padre explota, no puede controlarse, se vuelve así de loco cuando le mienten, tira al suelo el vaso de vino tinto, que estalla en mil pedazos, grita: ¡En esta casa mando yo, hostia, qué es eso de ocultarme cosas!, y chilla tan fuerte que mi madre tiene miedo, tiene miedo por mucho que luego, el resto del tiempo, el resto de los días de su vida, repita que nunca tendrá miedo de un hombre, sobre todo de un hombre, que ella no es como las demás mujeres. Me toma entre sus brazos y esconde a mis hermanas a su espalda, quiere que mi padre se tranquilice: Está bien, cariño, no lo volveré a hacer, pero mi padre no se tranquiliza, yo sabía que no se iba a tranquilizar. Él sigue y mi madre pierde también los nervios, grita: ¡Pero tú estás mal de la cabeza o qué! ¡Como un trozo de cristal le haga daño a uno solo de mis hijos te juro que te reviento, te corto el cuello!, mi padre la emprende a puñetazos contra la pared y dice: ¡Pero qué te he hecho yo, Dios mío, para merecer esta familia! Entre este de aquí

—es de mí de quien habla—

entre este de aquí y el alcohólico ese incapaz de hacer otra cosa que no sea beber, beber

y beber,

miradlo

—dice señalando a mi hermano con el dedo—,

menudo fracasado. Y entonces, al irrumpir la palabra «fracasado», mi hermano se levanta y se abalanza sobre él. Le pega para que se calle. Estampa a mi padre contra la pared, con toda su masa, con todo su peso, a continuación vienen los gritos de dolor, los insultos, los gritos de dolor. Mi padre no hace nada, no quiere pegarle a su hijo, se deja hacer. Yo notaba las lágrimas templadas de mi madre cayéndome en el cráneo y pensaba: Le está bien empleado, le está bien empleado —ella seguía intentando taparme los ojos, pero yo contemplaba la escena a través de sus dedos, las manchas de sangre púrpura en las baldosas amarillas.

Estuve a punto de ser yo quien te matara.

III

Peter Handke dice: «Ante todo lo que ocurría mi madre se quedaba como boquiabierta.» Tú no te quedabas así, tú no te quedabas boquiabierto porque habías perdido el lujo del asombro y del espanto, ya nada resultaba inesperado porque no esperabas nada, ya nada resultaba violento porque a la violencia no la llamabas violencia, para ti era la vida misma, no la llamabas de ningún modo, estaba allí, era.

2004 o quizá 2005. Tengo doce o trece años. Voy andando por las calles del pueblo con Amélie, mi mejor amiga, cuando vemos un teléfono móvil en el suelo, sobre el asfalto. Estaba allí tirado, el pie de Amélie había tropezado con él al andar y el teléfono había salido disparado, deslizándose por el pavimento. Amélie se agachó, lo cogió y decidimos quedárnoslo para jugar con él, para enviar mensajes a los chicos que Amélie conocía por internet.

No habían pasado ni dos días cuando la policía te llamó para decirte que yo había robado un teléfono. La acusación me pareció exagerada, no lo habíamos robado, estaba en la calle, al borde del camino, no sabíamos de quién era, pero tú parecías creer más a la policía que a mí. Entraste en mi cuarto, me diste una bofetada, me trataste de ladrón y me llevaste a comisaría.

Te daba vergüenza. Me mirabas como si te hubiera traicionado.

En el coche no dijiste nada, pero cuando nos sentamos frente a los policías en aquellas oficinas repletas de carteles incomprensibles, de pronto empezaste a defenderme con un ímpetu que nunca había visto ni en tu voz ni en tu mirada.

Les dijiste que yo sería incapaz de robar un teléfono, que simplemente me lo había encontrado. Les dijiste que yo iba a convertirme en profesor, en un médico importante, en un ministro, aún no lo sabías bien, pero que en todo

caso yo iba a hacer grandes estudios y no tenía nada que ver con delincuentes (*sic*). Les dijiste que estabas orgulloso de mí. Les dijiste que nunca habías conocido a un niño tan inteligente como yo. No sabía que pensabas todo eso —¿me querías?—, ¿por qué nunca me lo habías dicho?

Varios años más tarde, cuando me marché del pueblo y me instalé en París, cuando por las noches en los bares conocía a hombres y me preguntaban qué relación tenía con mi familia —curiosa pregunta, pero suelen hacerla—, siempre les respondía que odiaba a mi padre. No era verdad. Yo sabía que te quería, pero sentía la necesidad de decirles a los demás que te odiaba, ¿por qué?

¿Es normal tener vergüenza de amar?

Cuando habías bebido más de la cuenta, bajabas la mirada y me decías que en el fondo me querías, que no entendías por qué el resto del tiempo te mostrabas tan violento. Llorabas al confesarme que no sabías cómo interpretar aquellas fuerzas que te atravesaban, que te hacían decir cosas de las que te arrepentías al instante. Eras víctima tanto de la violencia que ejercías como de la que sufrías.

Lloraste cuando las torres gemelas se desplomaron.

Antes de conocer a mi madre estuviste enamorado de una mujer llamada Sylvie. Te tatuaste tú mismo su nombre en el brazo con tinta china. Cuando te preguntaba por ella no querías contestar. El otro día le estaba hablando a un amigo de ti y me dijo: «Tu padre no quería hablar del pasado porque el pasado le recordaba que habría podido ser otra persona y que no lo había sido.» Puede que tenga razón.

Recuerdo esas veces en que me subía al coche contigo y te acompañaba a comprar tabaco o cualquier otra cosa, pero sobre todo y a menudo tabaco. Ponías en la disquetera un CD pirata de Céline Dion en el que habías escrito *Céline* con rotulador azul, le dabas al play y cantabas a pleno pulmón. Te sabías de memoria todas las letras. Yo cantaba contigo, y ya sé que es una imagen un poco estereotipada, pero tenía la sensación de que aquellos instantes eran los únicos en los que tú llegabas a decirme cosas que no conseguías decir el resto del tiempo.

Te frotabas las manos antes de comer.

Cuando yo compraba caramelos en la panadería del pueblo, cogías uno de la bolsa con cara de culpabilidad y me decías: «¡No se lo digas a tu madre!» De pronto tenías la misma edad que yo.

Un día le diste al vecino mi juguete preferido, un juego de mesa llamado Doctor Maboul. Yo jugaba con él todos los días, era mi juego preferido, y se lo diste sin ningún motivo. Me puse a chillar, te supliqué. Tú sonreíste y dijiste: «Así es la vida.»

Una tarde, en el bar del pueblo, dijiste delante de todo el mundo que habrías preferido tener un hijo que no fuera yo. Durante varias semanas deseé morirme.

2000. Me acuerdo de qué año era porque aún no habíamos quitado la decoración para el nuevo milenio, guirnaldas, bombillas de múltiples colores, así como dibujos, o más bien simples garabatos, que yo había hecho en la escuela, rubricados con buenos deseos en letras doradas para celebrar el Año Nuevo o la nueva era que comenzaba.

En la cocina sólo estábamos tú y yo. Te dije: «Mira, papá, ¡sé imitar a un extraterrestre!», e hice un gesto con los dedos y saqué la lengua. Nunca te había visto reír tanto. No podías parar de reír, te faltaba el aire, lágrimas de alegría surcaban tu rostro enrojecido. Yo ya había deshecho la mueca, pero tú seguías riendo, tan fuerte que empecé a inquietarme, a asustarme de aquella risa tuya que no acababa nunca, que parecía que quisiera expandirse y resonar hasta el fin del mundo. Te pregunté por qué te reías tanto y tú contestaste, entre dos carcajadas: «Eres un fenómeno, no sé cómo he podido criar a un niño como tú.» Entonces decidí reír yo también, nos reímos los dos agarrándonos la barriga, el uno junto al otro, durante mucho mucho rato.

Los problemas empezaron en la fábrica donde trabajabas. Lo conté en mi primera novela, *Para acabar con Eddy Bellegueule*, una tarde recibimos una llamada de la fábrica para decirnos que habías sufrido un accidente: una carga se te había caído encima y te había aplastado, destrozándote la espalda. No podrías volver a andar en varios años, no podrías volver a andar.

Las primeras semanas te quedaste en la cama sin moverte. Ya no sabías hablar, sólo gritar. El dolor te despertaba por las noches y te hacía gritar. Tu

cuerpo ya no podía soportarse a sí mismo, cada movimiento, cada desplazamiento, por mínimo que fuera, despertaba tus músculos devastados. Tomabas conciencia de la existencia de tu cuerpo por el dolor, a través de él.

Y luego, un día, recuperaste el habla. Al principio, era sólo para pedir comida y bebida, pero con el tiempo volviste a construir frases más largas, a expresar deseos, apetencias, enojos. El habla no sustituía al dolor. No hay que equivocarse con eso, hay que decir las cosas como son. El dolor no ha desaparecido.

El aburrimiento empezó a ocupar toda tu vida. Yo te miraba, y no tardé en descubrir que el aburrimiento es lo peor que nos puede pasar. Incluso en los campos de concentración podía uno aburrirse. Cuesta imaginarlo. Imre Kertész lo dice, Charlotte Delbo lo dice: incluso en los campos de concentración, a pesar del hambre, de la sed, de la muerte, de la agonía que es peor que la muerte, de los crematorios, de las cámaras de gas, de las ejecuciones sumarias, de los perros siempre dispuestos a arrancarte brazos y piernas, del frío, del calor, del calor y el polvo que te entra por la boca, de la lengua que se endurece como un trozo de hormigón dentro de la boca privada de agua, del cerebro reseco que se contrae en la cavidad craneal, del trabajo y más trabajo, de las pulgas, de los piojos, de la sarna, de la diarrea, de la sed otra vez, a pesar de todo esto y de todo lo que no he dicho, aún había sitio para el aburrimiento, a la espera del acontecimiento que nunca llegará o que tarda tanto en llegar.

Te levantabas pronto por la mañana y encendías la tele junto al primer cigarrillo. Yo estaba en la habitación de al lado y el olor del tabaco y el ruido me llegaban como el olor y el ruido de tu ser. Aquellos a los que tú llamabas *mis colegas* venían a beber pastís a casa por la tarde, veías la tele con ellos, los ibas a visitar de vez en cuando, pero lo más habitual, por culpa de tus dolores de espalda, por culpa de tu espalda destrozada en la fábrica, de tu espalda destrozada por la vida que te habían obligado a vivir, no por tu vida, ésa no era tu vida, precisamente tu vida no la habías vivido nunca, habías vivido aparte de tu vida, por culpa de todo esto, digo, te quedabas en casa y eran ellos los que solían venir, tú ya no podías moverte, el cuerpo te dolía demasiado.

En **marzo de 2006**, el gobierno de Jacques Chirac, presidente de Francia durante doce años, y su ministro de Sanidad, Xavier Bertrand, anunciaron que decenas de medicamentos dejarían de ser financiados por el Estado, entre ellos buena parte de los medicamentos contra los trastornos digestivos. Como tú tenías que pasarte todo el día acostado tras el accidente y llevabas una mala alimentación, tus problemas digestivos eran constantes. Comprar medicamentos para combatirlos se volvió cada vez más difícil: Jacques Chirac y Xavier Bertrand te estaban destruyendo los intestinos.

¿Por qué nunca se dicen estos nombres en una biografía?

En **2007**, Nicolas Sarkozy, candidato a la elección presidencial, lleva a cabo una campaña contra aquellas y aquellos que él llama los *asistidos*, y que, en su opinión, roban el dinero de los franceses porque no trabajan. Declara: «El trabajador [...] ve cómo el asistido, sin hacer nada, se las apaña mejor que él para llegar a fin de mes.» Lo que Sarkozy quería hacerte entender era que, si no trabajas, estás de más en este mundo, eres un ladrón, un excedente, una boca inútil, como habría dicho Simone de Beauvoir. No te conoce. No tiene derecho a pensar así, no te conoce. Este tipo de humillación por parte de los poderosos te hace doblar aún más el espinazo.

En **2009**, el gobierno de Nicolas Sarkozy y su cómplice Martin Hirsch sustituyen el RMI, una renta mínima que el Estado francés concede a las personas sin trabajo, por el RSA. Tú cobrabas el RMI desde que habías tenido que dejar de trabajar. Y el paso del RMI al RSA pretendía «favorecer la vuelta al empleo», como decía el gobierno. Pero la realidad fue que a partir de entonces el Estado empezó a hostigarte para que volvieras a trabajar, a pesar de tu salud deplorable, a pesar de lo que te habían hecho en la fábrica. Si no aceptabas el trabajo que te proponían, o más bien que te imponían, perderías tu derecho a las ayudas sociales. Te proponían empleos de media jornada agotadores, físicos, en la gran ciudad, a cuarenta kilómetros de casa. Sólo la gasolina para ir y venir todos los días te habría costado trescientos euros. Y aun así, al cabo de cierto tiempo te viste obligado a aceptar un trabajo de barrendero en otra ciudad, por setecientos euros al mes, y pasarte el día

inclinado recogiendo la basura de los demás, inclinado a pesar de tu espalda arruinada. Nicolas Sarkozy y Martin Hirsch seguían destrozándote la espalda.

Tú eras consciente de que, para ti, la política era una cuestión de vida o muerte.

Un día, en otoño, la ayuda que todos los años recibían las familias al inicio del curso para poder comprar material escolar, cuadernos, carteras, aumentó casi cien euros. Estabas loco de alegría y gritaste en el salón: «¡Nos vamos al mar!», y nos fuimos los seis en nuestro coche de cinco plazas —yo me metí en el maletero, como los rehenes de las películas de espías, que era lo que más me gustaba.

El día entero fue una fiesta.

Nunca he visto a una familia que lo tenga todo ir a ver el mar para celebrar una decisión política, pues para ellos la política no cambia prácticamente nada. Me di cuenta cuando me fui a vivir a París, lejos de ti: las clases dominantes pueden quejarse de un gobierno de izquierdas, pueden quejarse de un gobierno de derechas, pero un gobierno nunca les causa problemas digestivos, un gobierno nunca les destroza la espalda, un gobierno nunca los lleva a ver el mar. La política no cambia sus vidas, o lo hace bastante poco. Esto también es curioso, ellos hacen la política, pero la política apenas tiene ningún efecto sobre sus vidas. Para las clases dominantes, la política es a menudo *una cuestión estética*: una manera de pensarse, una manera de ver el mundo, de construirse como individuos. Para nosotros, era vivir o morir.

En **agosto de 2016**, bajo la presidencia de François Hollande, Myriam El Khomri, la ministra de Trabajo, con el apoyo del primer ministro Manuel Valls, pone en marcha la llamada «ley Trabajo», una ley que facilita los despidos y permite a las empresas aumentar las horas de trabajo semanales de sus asalariados, aparte de las que ya hacen.

La empresa para la que tú barres las calles podía pedirte a partir de entonces que barrieras más todavía, que te inclinaras aún más tiempo cada semana. Tu estado de salud actual, las dificultades que tienes para desplazarte, para respirar, tu incapacidad para vivir sin estar conectado a una máquina proceden en gran medida de haberte pasado la vida haciendo movimientos automáticos en la fábrica y luego inclinándote diariamente ocho horas seguidas

para barrer las calles, para barrer la basura de los demás. Hollande, Valls y El Khomri te han asfixiado.

¿Por qué nunca decimos sus nombres?

27 de mayo de 2017. En una ciudad de Francia, dos sindicalistas —ambos van con camiseta—, dos hombres interpelan en mitad de la calle al presidente francés Emmanuel Macron. Están enfadados, su manera de hablar los delata. También parece que estén sufriendo. Emmanuel Macron les responde, con un tono de absoluto desprecio: «No creáis que me dais miedo por ir en camiseta. La mejor manera de comprarse un traje es trabajando.» Condena a la vergüenza a los que no tienen medios para pagarse un traje, los condena a la inutilidad, a la holgazanería. Actualiza la violenta frontera entre los que van con traje y los que van con camiseta, los dominados y los dominantes, los que tienen dinero y los que no, los que lo tienen todo y los que no tienen nada. Este tipo de humillación por parte de los poderosos te hace doblar aún más el espinazo.

Septiembre de 2017. Emmanuel Macron acusa a los «vagos» que, según él, impiden llevar a cabo las reformas que Francia necesita. Tú siempre has sabido que esa palabra está reservada para gente como tú, para aquellos que no han podido o no pueden trabajar porque viven demasiado lejos de las grandes ciudades, que no encuentran trabajo porque han sido expulsados demasiado pronto del sistema escolar y no tienen ningún título, para aquellos que no pueden trabajar porque la vida en la fábrica les ha destrozado la espalda. Nunca se le llama vago al jefe que se pasa el día sentado en una oficina dando órdenes a los demás, nunca. Cuando yo era pequeño, tú repetías de manera obsesiva: «Yo no soy ningún vago» porque sabías que aquel insulto pendía sobre tu cabeza, como si quisieras exorcizar un fantasma.

No hay orgullo sin vergüenza: estabas orgulloso de no ser un vago porque te daba vergüenza formar parte de aquellos que podían ser designados con semejante palabra. La palabra «vago» es para ti una amenaza, una humillación. Este tipo de humillación por parte de los poderosos te hace doblar aún más el espinazo.

Tal vez los que me lean o me escuchen no conozcan los nombres que llevo un rato pronunciando, tal vez los hayan olvidado ya o no los hayan oído nunca, pero es precisamente por eso por lo que quiero pronunciarlos: porque hay asesinos cuyo nombre no se asocia con los asesinatos que han cometido, hay asesinos que se libran de la vergüenza gracias al anonimato o gracias al olvido. Me da miedo porque sé que el mundo actúa de noche y en la sombra. Me resisto a que sean olvidados. Quiero que se los conozca ahora y para siempre, en todas partes, en Laos, en Siberia y en China, en el Congo, en América, en todas partes a través de los océanos, en el interior de todos los continentes, más allá de todas las fronteras.

¿Acaso todo termina siempre por ser olvidado?

Quiero que esos nombres se vuelvan tan inolvidables como los de Adolphe Thiers, el Ricardo III de Shakespeare o Jack el Destripador.

Quiero que sus nombres entren en la Historia para vengarme.

Agosto de 2017. El gobierno de Emmanuel Macron les quita cinco euros al mes a los franceses más precarios, retiene cinco euros al mes de las ayudas sociales que permiten a los más pobres de Francia alojarse, pagar un alquiler. El mismo día, o casi, qué más da, anuncia una bajada de impuestos a las personas más ricas del país. Cree que los pobres son demasiado ricos, que los ricos no son lo bastante ricos. El gobierno aclara que cinco euros no son nada. No tienen ni idea. Pronuncian esas frases criminales porque no tienen ni idea. Emmanuel Macron te quita la comida de la boca.

Hollande, Valls, El Khomri, Hirsch, Sarkozy, Macron, Bertrand, Chirac. La historia de tu sufrimiento tiene nombres y apellidos. La historia de tu vida es la historia de esa gente que se ha ido turnando para acabar contigo. La historia de tu cuerpo es la historia de esos nombres que se han ido turnando para arruinarlo. La historia de tu cuerpo *acusa* la historia política.

Has cambiado en estos últimos años. Te has convertido en alguien distinto. Hemos hablado largo y tendido, nos hemos explicado, le he reprochado a la persona que fuiste cuando yo era niño su dureza, su silencio, todas esas escenas que llevo un rato enumerando, y tú me has escuchado, y yo te he escuchado a ti. Tú, que toda la vida has dicho que el problema de Francia eran

los extranjeros y los homosexuales, ahora criticas el racismo que hay en Francia y me pides que te hable del hombre del que estoy enamorado. Compras los libros que publico, se los regalas a la gente de tu entorno. Has cambiado de la noche a la mañana: uno de mis amigos dice que son los hijos los que transforman a los padres y no al revés.

Pero lo que han hecho con tu cuerpo no te permite descubrir la persona en la que te has convertido.

El mes pasado, cuando fui a verte, me preguntaste antes de que me fuera: «¿Aún andas metido en política?» —la palabra «aún» hacía referencia a mi primer año de bachillerato, cuando me afilié a un partido de extrema izquierda y nos peleamos porque decías que iba a tener problemas con la justicia por participar en manifestaciones ilegales—. Te contesté: «Sí, cada vez más.» Dejaste pasar tres o cuatro segundos, me miraste y finalmente dijiste: «Tienes razón, tienes razón, creo que nos hace falta una buena revolución.»